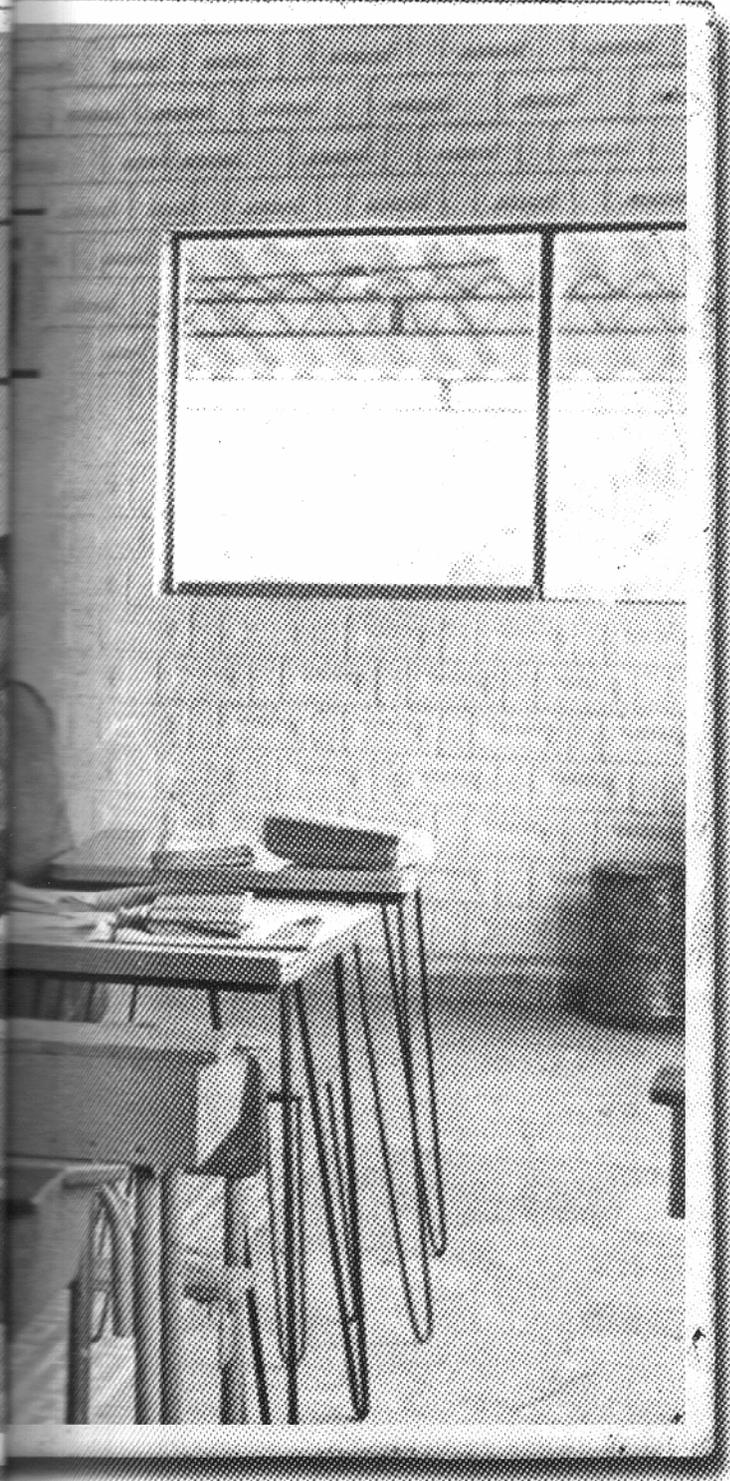


EXCEPCIONAL



P. DIEGO JARAMILLO, CJM

Presidente de la Organización El Minuto de Dios.

RESUMEN

Este artículo busca presentar un panorama de la vida del padre García Herreros como educador y evangelizador. Este artículo muestra la importancia de su programa de televisión para difundir la palabra de Dios, de otro lado presenta las preocupaciones del padre: la teofilia o amor a Dios, la filantropía o el amor al hombre, y la panfilia o el amor por toda la creación como temas centrales de sus reflexiones.

Palabras clave: Educador, profesor, Padre García Herreros, evangelizador, teofilia, filantropía, panfilia.

ABSTRACT

This article seeks to present a comprehensive view of Father Garcia Herreros as educator and evangelist. It explores the ability of his television broadcast to spread the word of God and also proposes Theophilia - (love for God), philanthropy - (love for man) and gaeaphilia - (love for the earth) as central themes.

Important words: Educator, teacher, Father Garcia Herreros, evangelist, theophilia, philanthropy, gaeaphilia

El padre Rafael García Herreros fue un maestro y un educador nato, no sólo en el ámbito reducido de unas aulas, sino en el barrio bogotano del Minuto de Dios y, más ampliamente todavía, en todo el territorio nacional, a través de sus escritos, de muchas emisoras radiofónicas y de los canales de la televisión colombiana.

Ningún otro profesor nacional del siglo XX se puede equiparar con él, pues además de dictar cursos por veinte años en varios seminarios mayores del país y en algunos colegios, sostuvo una cátedra radial durante 46 años y dio clase diaria a través de la televisión, desde enero de 1955 hasta poco antes de su muerte, sucedida el 24 de noviembre de 1992.

El padre Rafael fue un pionero en el uso evangelizador de la televisión. Llevaba ésta apenas medio año de estar congregando a los colombianos, cuando en la pantalla chica empezó a verse el rostro adusto del sacerdote, que complementaba los noticieros y los musicales, las telenovelas y las transmisiones deportivas con una cátedra de reflexión e invitación al trabajo.

El padre García Herreros ocupó esa tribuna en más de diez mil ocasiones, y siempre encontró la manera de renovar su magisterio. Parecía un manantial que brinda agua fresca sin cansarse ni cansar. Los contenidos giraban alrededor de los mismos temas, pero la expresión se renovaba incesantemente.

El padre Rafael fue el hombre de la televisión colombiana en el siglo XX, y el único que no derivó de su esfuerzo riquezas materiales. Cuanto obtuvo lo repartió entre los pobres. Con razón lo apodaron "el Telepadre".

Desde su cátedra en la radio y en la televisión, el padre García Herreros dictó tres asignaturas, que complementó con talleres prácticos, porque su teoría se apoyaba en la demostración experimental. Esas tres disciplinas, como lo explicaba a sus alumnos de undécimo y

lo repetía por los canales de la televisión, fueron la Teofilía, la Filantropía y la Panfilía; o sea, el amor a Dios, el amor al hombre y el amor universal a la creación.

MAESTRO DE TEOFILÍA

DIOS PADRE

El fundador del Minuto de Dios enseñó al país la teofilía, o sea, el arte de amar a Dios. Dios, el poderoso Creador de cuanto existe, el ser real, digno de adoración y amor, fue el nervio de sus enseñanzas. Desde sus primeras meditaciones radiales, el padre Rafael habló así:

Palabras a Dios... a Dios infinito, a Dios como una Realidad. Tú eres mi Dios, mi Infinito, mi Realidad. Quiero recordar simplemente que Tú eres una realidad, que no eres una palabra, ni eres un sueño, ni sólo un concepto, sino que eres algo real, absolutamente real.

Hacia Ti, desde la lejanía del mundo, desde la pequeñez de la Tierra, va mi corazón y va mi anhelo. Te deseo, Dios mío; quisiera conocerte, tener al menos una idea de tu ser, de tu misterio.

¿Dónde estás, Dios? ¿Cómo eres Tú? ¿Qué estás haciendo, Dios mío? Qué impenetrable misterio el tuyo y qué pequeñez la mía. No saber nada de Ti, o casi nada; sólo que existes, sólo que eres el misterio de Unidad y de Trinidad. Y nada más.

Tender hacia Ti, con toda el alma, y no conocerte. Tender con todo el espíritu; querer abrazarte, estar enfermo de Ti y no poder nada, sino sollozar y mirar a la lejanía.

Ese Dios real es trascendente y cercano a la vez. No ignora a sus criaturas ni se despreocupa de ellas, sino que las ama. El padre García Herreros lo expresaba de este modo:

Dios, el adorable, Dios, el infinito Señor, nos ama... Te ama a Ti, hermano, y a mí. Nos ama con amor eterno e inmóvil. Con amor lleno de ternura y, al mismo tiempo,

de seriedad. Estamos sumergidos, ahogándonos en el océano del amor de Dios.

Todo es una expresión de su amor: los ladrillos de nuestra casa, las piedras o el asfalto de nuestras calles, las flores de nuestro jardín, las estrellas de nuestro cielo, el Sol de nuestro día, el pan y el café que tomamos, pero sobre todo nuestra existencia, todo es un clamoroso grito del amor de Dios.

De la mano con la Biblia y con la fe, el padre Rafael enseña a descubrir en ese Dios Creador la figura de un Padre amoroso, en quien se puede confiar, a quien se puede invocar, agradecer y bendecir, y a quien se debe amar. El padre García Herreros se hizo un profesor del amor de Dios. Es lo que buscaba, al escribir:

Dios no se puede encerrar en ninguna clase de fórmulas. No hay ni puede haber ninguna idea humana o definición de Dios. Unos se fabrican un Dios terrible y vengador... otros se hacen un Dios talismán... o un Dios dormido, o un Dios insensible, o un Dios para niños, o un Dios que no se preocupa por los hombres, o un Dios vago que está sobre nosotros. Algunos se imaginan sólo que Dios es una especie de cuerpo de bomberos, que se llama cuando la casa arde, y después no hay para qué preocuparse de Él.

Jesucristo, ¿qué nos dijo acerca de Dios? Jesús nació, murió y resucitó para revelarnos un gran misterio: ¡que

Dios es Padre! Padre, Padre. Este es el nombre que Cristo nos reveló de Dios. Padre Celestial, óyenos. ¿Nos estás oyendo?

Te buscamos. Te miramos. Te miramos en Cristo, tu Hijo. Te queremos ver en nuestros hermanos, los hombres, tus hijos. Te vemos en la belleza del mundo que Tú hiciste por nosotros, en el esplendor del Sol, en la mañana que canta, en la vida que invita... ¡Cómo quisiéramos verte! ¡Cómo quisiéramos abrazarte! Un día será. ¿No es verdad?

JESUCRISTO

Ese Padre del cielo amó tanto a la humanidad pecadora que nos envió a su Hijo único, a Jesús de Nazareth, para evitar que nos perdiésemos, desviados por el mal. El padre García Herreros fue un enamorado de Jesús. Habló de Él millares de veces. Jesús era el nombre que no se caía de sus labios, que fluía de su corazón. Cuatro libros recogen los Minutos de Dios sobre Jesús y se podrían publicar muchos más.

El padre Rafael habló de ese Hijo único, de ese Verbo eterno con palabras de amor entrañable. A ese Verbo, el padre García Herreros quería amarlo, oírlo, besarlo, abrazarlo, contemplarlo, pero sabía que era Invisible, Silencioso, Intocable, Incorpóreo, Espiritual.



DE LA MANO CON LA BIBLIA Y CON LA FE, EL PADRE RAFAEL ENSEÑA A DESCUBRIR EN ESE DIOS CREADOR LA FIGURA DE UN PADRE AMOROSO, EN QUIEN SE PUEDE CONFIAR, A QUIEN SE PUEDE INVOCAR, AGRADECER Y BENDECIR, Y A QUIEN SE DEBE AMAR.

“Tengo una tendencia inmensa hacia Ti” —le decía. “Te estoy buscando desde hace mucho tiempo y no te hallo. Te estoy gritando y no me respondes”.

Cada momento de la vida de Jesús se volvió centro de la meditación matinal que el Telepadre hacía, como preparación a la enseñanza que impartía por las tardes: el nacimiento de Jesús, su infancia y juventud, su bautismo en el Jordán, cada una de sus parábolas y discursos, los milagros que realizó, su muerte, su pascua gloriosa, su señorío universal.

Embelesado ante Jesús, el padre Rafael expresaba sentimientos de acatamiento, pleitesía y rendimiento, de alabanza y bendición y, sobre todo, de amor. En ocasiones, sus frases se cargaban de doctrina y en otras se volvían pletóricas de sentimiento y emoción. Entre muchísimos, tomo al azar un “himno a Jesucristo”:

Hagamos esta noche un humilde elogio de Jesucristo, nosotros los hombres, los que vamos a contemplarlo dentro de breve tiempo, con absoluta seguridad.

Jesucristo, el amado; Jesucristo, en quien creemos sin haberlo visto; Jesucristo, el Hijo y el Verbo de Dios, el Primogénito de toda la creación.

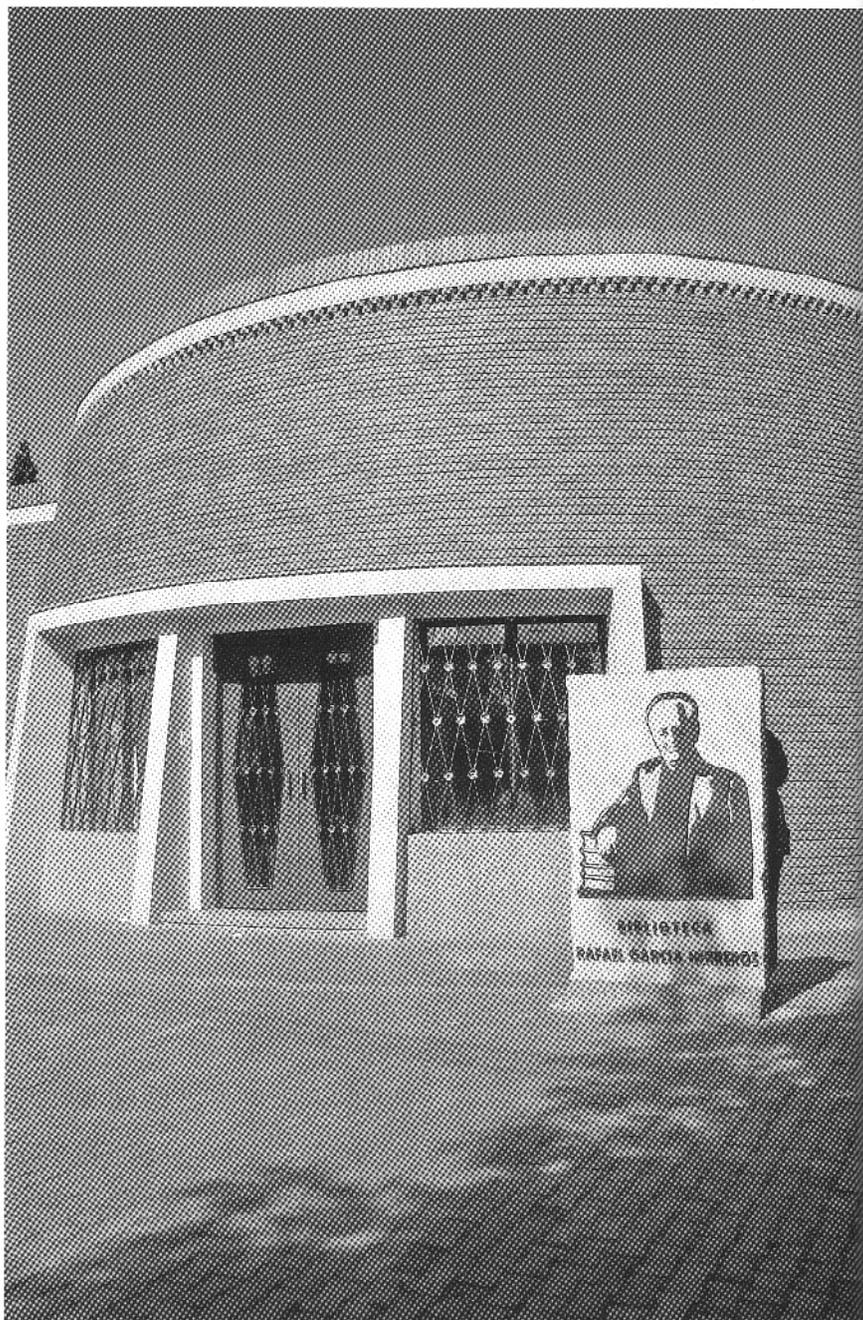
Jesucristo, el que, en una mañana primigenia, fue el alfarero prodigioso de estrellas, de constelaciones y del mundo.

Jesucristo, el escultor de los hombres, el poeta que hizo el poema de las flores, de los pájaros y de los niños.

Jesucristo, el Sol y lucero del Universo.

Jesucristo, el que nació de María, la Virgen, en una noche temblorosa de estrellas en Belén.

Jesucristo, el que pasó treinta años trabajando en una carpintería silenciosa, perfumada de cedros y de pinos. Jesucristo, el que salió a predicar con una palabra inaudita. Nadie habló nunca como Él habló. Él hizo el elogio



Fachada actual de la biblioteca Rafael García Herreros.

de los pobres, de los mansos, de los que lloran, de los que tienen hambre y sed de justicia, de los misericordiosos, de los que construyen la paz, de los limpios de corazón.

Jesucristo, el que después de haber hecho el gran milagro de la creación, prodigaba milagros a los hombres. Daba luz a los ciegos, caminar a los paralíticos, limpieza a los leprosos, liberación a los endemoniados y vida a los muertos.

Jesucristo, el inmenso, el altísimo, el Señor de todo lo creado.

Jesucristo, el que marchó sereno hacia la muerte, cuando llegó la muerte que debía soportar para adorar al Padre eterno, con una adoración infinita, teñida de sangre, y para redimir al hombre con una perfecta redención.

Jesucristo, el que resucitó de los muertos y ahora está vivo. Jesucristo, el que va a venir a juzgar al mundo después de un largo silencio de espera, en que el hombre tiene libertad para amarlo, para aceptarlo o para rechazarlo o para olvidarlo.

Jesucristo, cabeza del cuerpo que es la Iglesia.

Jesucristo, a quien nuestros ojos verán, con absoluta seguridad.

Jesucristo, en quien creemos y sin embargo olvidamos. A quien amamos y, sin embargo, cuya ley quebrantamos.

Jesucristo, la última palabra que pronuncia el hombre que se salva.

EL ESPÍRITU SANTO

Junto al Padre y al Hijo, el Espíritu Santo ocupó amplio espacio en la reflexión y enseñanza del padre Rafael. El Espíritu Divino, nuestro Paráclito, es el defensor, el consolador de los creyentes, el que nos ilumina, santifica y transforma, y es el que renueva

la Iglesia, el que recrea la faz de la Tierra, el que dinamiza la historia, el que se revela en la creación.

El padre Rafael se sensibilizó a la acción del Espíritu Santo sobre todo a partir de 1967, cuando conoció y empezó a impulsar en el país la Renovación Carismática de la Iglesia.

Numerosos escritos, como sus "*Cuentos carismáticos*" y sus "*Cartas carismáticas*", complementaron sus mensajes radiales y televisivos. En ellos presentaba al Espíritu de Dios y su acción renovadora, y hablaba de una Iglesia rejuvenecida por ese divino Espíritu, no sólo en su vida interior, en su oración y predicación, en sus celebraciones litúrgicas y en las expresiones de vida comunitaria, sino también en el compromiso social y político de los cristianos. El libro "*El Espíritu Santo*" recoge muchas reflexiones del Telepadre sobre el Divino Paráclito. De esas páginas citamos algunos párrafos de la meditación "*¿Quién es Él?*"

¿Quién es este Espíritu Santo que amamos y que llevó al éxtasis a la primitiva Iglesia? ¿Que le dio una fuerza inusitada? ¿Que le hizo llenar el Imperio Romano de santos y de mártires?

¿Quién es este Espíritu, Padre de los pobres, dador de extraños regalos, luz de los corazones, dulce huésped del alma? ¿Quién es éste, sin el cual todo es frío, todo es duro en el mundo y sin ninguna esperanza? ¿Quién es éste a quien la Iglesia hace muchos siglos está llamando con las palabras entrañables: 'Ven, ven'?

¿Quién es este Espíritu Santo, de quien ustedes oyen hablar con términos nuevos y antiguos, y con el cual se pretende inundar y conmover a Colombia, y con el cual quisiera penetrarle a usted la vida?

Este Espíritu Santo es el infinito Dios, en su ternura. El Dios verdadero no es un Dios astronómico, lejano y enigmático. El Dios verdadero, el Espíritu Santo, es una infinita fuerza amorosa y cercana y abrazadora.

Es el Consolador prometido por Cristo, es el amor que rodea al Universo y al hombre. Ya lo conoció la Iglesia desde el principio. Llevó al éxtasis y al susurro jubilante a muchos místicos y actualmente se extiende, como un incendio glorioso en un cañaveral, en el mundo cristiano.

El Espíritu Santo, dador de sagrados regalos, nos da el don supremo: experimentar hasta el éxtasis el amor a Jesucristo. Nos hace palparlo. Nos hace entrar en agonía, mientras no se llene el mundo con su nombre...

Como pedagogía para transmitir el amor a las Tres Personas Divinas, el padre Rafael proponía leer y meditar el texto de la Biblia, y el diálogo interior que llamamos la oración. Él mismo era un lector infatigable y un orante comprometido, y lo que vivía en su propia existencia era lo que proponía con empeño ante un auditorio que no se cansaba de escucharle.

MAESTRO DE FILANTROPÍA

La palabra filantropía abarca el amor por la humanidad, el servicio al hombre, considerado como miembro de la raza humana, como ser racional y libre, y como hijo de Dios. El padre García Herreros fue un verdadero filántropo, un enamorado de la persona humana.

HIMNO AL HOMBRE

Quizá en ningún texto quedó tan plasmada su veneración por el hombre como en el discurso que pronunció en 1973, durante el décimo tercer Banquete del Millón, en Bogotá. La longitud del texto me priva del placer de reproducirlo íntegramente. Pero transcribo aquí algunas frases, en las que después de describir la belleza corporal del hombre, dice:

Yo te amo, te honro y casi te adoro. Te amo en tu belleza, en tu cuerpo y en tu alma; en tus pensamientos y en tus deseos;

en tus ambiciones y en tus nostalgias; en tus triunfos y en tus derrotas.

¡Eres maravilloso, oh hombre! —prosigue el padre Rafael—, eres capaz del heroísmo, del amor, de la abnegación, de todo lo extraordinario. ¡Yo te amo, oh hombre, polvo sublime! Oh hombre bello y magnífico.

Yo quiero decirte, hombre, que he descubierto que el secreto para ser feliz es amarte, y quisiera contarlo a todos y quisiera consagrar mi vida a tu servicio... Cuando estoy junto a ti, sé que estoy cerca de Dios. Todo cuanto hago por ti, hombre, lo hago por el eterno, por el infinito que es Dios. Cuando te amo, estoy auténticamente amando a Dios, porque la expresión más auténtica de nuestro amor a Dios es nuestro amor al hombre.

EL HUMANISMO

Durante veinte años, el padre Rafael regentó cátedras de filosofía y arte, de latín y griego en varios seminarios mayores de Colombia. Sus alumnos recordaban la exigencia del profesor, que urgía un alto rendimiento intelectual, y que para obtenerlo transmitía su enseñanza en un clima de cálido entusiasmo. Para él, los idiomas clásicos, además de estructurar la mente, eran el pasaporte para ingresar en el mundo del más refinado humanismo.

En uno de sus diálogos, en el que hace desfilar pensadores de todos los siglos, que expresan el pensamiento característico de cada edad, escribió así el padre Rafael, con palabras que traducen su propia mentalidad:

Yo soy el hombre griego. El hombre de Aristóteles, de Platón, de Safo, de Diógenes, de Epicteto. Yo soy el hombre que ha llegado a la más alta cumbre del arte y de la filosofía. Nunca el hombre llegará adonde yo llegué.

La filosofía del siglo XVIII no se puede comparar con la mía. La filosofía del siglo XX es inmensamente inferior a mi pensamiento. Mi arte es insuperable. No sé cómo, no sé por qué fui capaz de llegar a la cumbre. Nadie ha

pintado como yo, nadie ha esculpido como yo, que soy Fidias. Nadie ha pensado como yo, que soy Platón. Nadie hizo la síntesis como yo, Aristóteles...

Sócrates y Eurípides no tienen rival en la actualidad... Edipo Rey, Medea no aparecen por ninguna parte actualmente. Nosotros, los griegos, llegamos a la más alta sabiduría, al equilibrio, a la medida humana... Nosotros desafiamos a los hombres de todos los sitios para encontrar una forma más bella que la nuestra en literatura, en escultura, en poemas. Nadie llegará a donde nosotros llegamos.

Los clásicos griegos, que leyó en sus textos originales hasta poco antes de morir, se volvieron para el padre Rafael en punto importante de referencia, cuando aludía a la democracia, a la ley, a la justicia o al comportamiento ético que debe regir la vida de los hombres. Cuando el Telepadre empezó a levantar su barrio, soñaba en la República de Platón, pero reconocía también los límites de ese pensamiento y los transmitía a los oyentes de sus programas:

Desde hace siglos, el hombre está soñando en construir la ciudad ideal... Platón proyectó la Ciudad Ideal dirigida por una diosa, que se llama Nomos, la Ley. Ella era el centro de la ciudad, su alma. La adoración y el rendimiento a la sacrosanta ley constituían el núcleo de la República de Platón. Era una ciudad humana, llena de respeto mutuo, pero en ella había señores y esclavos. Era una ciudad sin esperanza. La ciudad griega era bella e injusta, culta y triste, a pesar de sus teatros, a pesar de sus coros, de sus danzas y de su ley. Era el prototipo de la ciudad humana.

LOS DERECHOS HUMANOS

Como reacción a la ciudad egoísta que a través de todos los siglos han construido los pueblos, el padre García Herreros se hizo un maestro de los Derechos del Hombre. Éstos se basan en la justicia. El Telepadre aludía a ella, pero la excedía con el amor. Por eso decía: "Debemos ser justos, personalmente, cumpliendo todas las exigencias de la

justicia y pasando al amor, pasando a eso bellísimo que se llama el amor".

En otra ocasión decía:

Nuestro amor brota de las lejanas raíces que nos unen con el hombre. Hace muchos años nuestras razas, nuestros linajes, estaban fusionados. Todos procedemos de la misma raíz. Como las flores de loto que mutuamente entremezclan sus raíces, así también somos los hombres. Nuestras raigambres se unen, se balancean, se entretajan en el fondo de los siglos. Todo lo nuestro es fraternal. Todo lo intercambiamos, lo damos y lo recibimos. Casi pudiéramos decir que formamos todos un solo organismo con las distintas almas.

Así como nuestro origen, nuestro destino se mezclará en el futuro. Nuestro porvenir está unido al provenir de innumerables hombres venideros. Como las sombras de muchos hombres se proyectan en la noche y se unen, así también se confundirán nuestras sombras en el futuro. Descendientes nuestros se mezclarán con los descendientes del hombre cercano y sin embargo desconocido para nosotros.

La ética, aprendida de los griegos y estudiada a la luz del Evangelio, motivó al padre Rafael a defender los derechos humanos y a proponer a sus oyentes que respetasen los valores morales.

Ante todo, la defensa de la vida humana. El clima de Colombia en la segunda mitad del siglo XX fue de borrascosa violencia, originada primero por motivaciones partidistas, escudada luego en excusas ideológicas, y oscurecida más tarde con los intereses económicos del narcotráfico. Como respuesta a la tempestad de atentados y asesinatos, el padre Rafael recordó al país entero que era nefando matar a un hombre.

Desde el año de 1952, en el cuento "Agua para lavarnos las manos", al estilo de Shakespeare, el padre García Herreros escribía: "Si ustedes me matan... ¿con qué se van a lavar las manos después? No hay nada con qué lavarse las manos después de haber asesinado a un hombre. Aunque se laven con toda el agua del mar... aunque

se laven con agua de luceros o con agua de lágrimas, no van a poderse limpiar las manos...”.

Cuarenta años después, en el Minuto de Dios, el padre Rafael expresaba las mismas ideas, con similares metáforas:

Los guerrilleros no van a sacar nada, sino sangre en sus manos, que nadie les podrá borrar jamás. Nos preguntamos si vale la pena destruir la paz de un pueblito sano, incendiar unas casas y después salir corriendo para que no los alcancen la Policía o el Ejército. ¿Quién les dijo que así van a cambiar las estructuras de Colombia? ¿Qué estarán pensando estos muchachos criminales ahora que no han podido lavarse las manos de la sangre derramada? ¿Qué les dice la conciencia? ¿No sienten que han asesinado también su sueño?...

Y en otra ocasión:

Matar o asesinar a un hombre es de una gravedad inmensa. El que mata a un hombre no tiene perdón. Mancha sus manos y su vida. La sangre de un hombre que cae mancha para siempre la vida del asesino. No se lava con nada, ni con agua ni con jabón, ni con conjuros ni con rezos. Hay que llorar y llorar. Hay que gritar pidiendo perdón al Señor.

El padre García Herreros no era un profesor que se limitaba a sentar cátedra sobre sus teorías. Era un maestro comprometido con llevarlas a la práctica. De ahí sus gestiones para la entrega de Pablo Escobar a las autoridades; de ahí la visita a Carlos Ledher, encarcelado en Norteamérica; de ahí las cartas al sacerdote guerrillero Manuel Pérez, de ahí su recorrer el país para buscar la libertad de varios secuestrados; de ahí la organización de una oficina que procurase la liberación de colombianos detenidos en prisiones del exterior. Esas gestiones no las realizó el padre Rafael amparado por una penumbra protectora de clandestinidad, sino a la luz del día y bajo las lámparas de la televisión. Parecía un maestro que corregía a discípulos díscolos o un pastor que buscaba ovejas extraviadas.

Esa enseñanza de respeto por la vida, de paz y de tolerancia la complementaba el Telepadre con realizaciones de justicia y equidad: construcción de viviendas para miles de familias pobres, atención médica, generación de empleo, etc. El padre Rafael quería “una Colombia justa, equilibrada, donde no haya ranchos desesperantes al lado de suntuosas mansiones; donde no haya el salario mínimo, insuficiente para todo, al lado del salario exageradamente alto y desproporcionado”. Él pensaba que no había “necesidad de una revolución violenta para resolver los problemas sociales del país y del continente”, sino de “una explosión de solidaridad e inteligencia” que propusiese “dentro de la democracia, un régimen nuevo, distinto del régimen de los patronos y de los peones, del régimen de las mansiones y de las chozas, del régimen de los magníficos dividendos y del desesperante salario insuficiente”. Era el reclamo que el padre Rafael hacía con respeto y con amor.

Esa cátedra permanente del padre García Herreros se prolongó en sus planteles de educación: escuelas populares, colegios para la enseñanza básica y media, bachillerato clásico y técnico, academia de idiomas, educación no formal, universidad. Impresiona la obra de ese educador que, precisamente por serlo, recibió del Gobierno Nacional, en 1967, la medalla Francisco de Paula Santander.

En los colegios del Minuto de Dios y en la Corporación Universitaria, las disciplinas intelectuales fueron bienvenidas, pero antes que todas ellas, estaban los valores morales y el deber de servir a los demás. Eso lo expresó con frecuencia el fundador. Baste citar algunas frases al respecto:

Una de las cosas que necesitamos restaurar en Colombia es la honradez, es la honorabilidad... Que en todos los colegios se enseñe honradez a los muchachos; que en todas las escuelas, que en todos los centros de educación, en todos los hogares, las familias se sientan orgullosas de tener el más alto motivo de orgullo que es la honradez de sus padres, la honradez de sus hermanos, de sus hijos.



Actual capilla de la parroquia de San Juan Eudes.

Que ninguno esté mezclado en negocios sucios; que ninguno esté lavando dólares, que ninguno esté haciendo negocios que se hacen en secreto y al oído. Que ninguno esté en la cárcel, ni en Colombia ni en Estados Unidos. Que se rechace por todas partes la posibilidad de traficar con droga, aunque aparentemente se gane dinero...

Esa cátedra de filantropía el padre García Herreros la impartía a todo el país. Él soñaba con Colombia, él vivía enfermo de Colombia. Él quería curar el cuerpo dolorido de la Patria. Él ansiaba una tierra plenamente tecnificada. Él anhelaba el progreso para los indígenas motilones y para los campesinos que emigran del campo. Él quería producir “una oleada de opti-

mismo, de servicio y de restauración... que llegue a todas partes. Colombia necesita que todas sus fuerzas de bien, que todos sus inteligentes, que todos sus generosos puedan trabajar en el bien común con toda libertad, con toda espontaneidad, sin estar temiendo que los proyectos que comienzan en servicio de la Patria sean truncados o amenazados”.

MAESTRO DE PANFILÍA

El amor por toda la creación, el embelesamiento ante el cosmos y ante todos los seres de la naturaleza, desde las flores y las mariposas hasta las estrellas, constituyen la panfilía de los griegos.

Esa actitud implicó, en la vida y la enseñanza del padre Rafael, una contemplación silenciosa y un pasmo de admiración ante la vida.

EL MAR

El padre García Herreros se extasiaba ante el mar, lo convertía en su interlocutor para que le ayudase a profundizar en sus sueños, concretar sus proyectos y criticar sus decisiones. Algunas de las páginas más líricas y más comprometedoras las escribió el Telepadre frente al mar de Cartagena o al de Coveñas. En 1946 inició el padre Rafael sus diálogos con el mar de la Ciudad Heroica, en una página que no resisto la tentación de copiar toda:

Oh mar, otra vez estoy cerca de ti; otra vez te veo, y de nuevo salpicas las arenas de mi propia playa.

Hace mucho tiempo que te dejé y creí encontrarte más viejo, más cansado, y menos sonoro y menos inmenso. Pero estás lo mismo, lo mismo de inquieto con tu perpetuo empuje, con tu inagotable belleza.

Yo he viajado mucho. He escalado peñascos de nieves eternas; me he internado en los bosques impenetrables; pero tú eres más bello que la nieve, tú eres más verde que los bosques, tú tienes una perpetua cosecha de olas.

Mar, en que naufraga todas las tardes el velero incendiado del Sol. Mar que te enrojece todas las noches con la sangre de la Luna. Dime, ¿por qué te miramos todos los hombres sin que jamás se canse nuestra vista de verte? ¿Cuál es tu secreto? ¿Cuál es tu filtro, tu sortilegio?

Tú estás lo mismo, pero yo sí he cambiado. ¡Ya no rizan mi superficie las olas de ninguna ilusión! Pero tú todavía sigues dándole a la orilla y haciéndote pedazos entre las rocas; son cosas de tu juventud, ¡oh mar! Estoy seguro de que todavía estás joven, porque todavía estás intranquilo y pretendes abrirte campo. Cuando tengas más edad serás como yo, tranquilo, silencioso, resignado. Cuando estés viejo, yo sé que no te lanzarás con tanto ahínco contra el acantilado.

Todo en la Tierra es pequeño. Solo tú eres grande. Pequeñas las ambiciones, pequeños los lugares, pequeñas las pasiones. Todo se olvida delante de ti. Todas nuestras tristezas, todas nuestras batallas, todas nuestras derrotas. Tú solo cres grande en la Tierra. Tú, perpetuamente joven. Tú eres la síntesis. Tú eres el éxtasis.

Ese sentimiento agobiador, que se experimenta delante de ti, es un preludio de lo que se sentirá ante Dios, que es un Mar como tú, pero sin playas. ¡Oh Mar, levántame! ¡Oh Mar, santifícame! ¡Oh Mar, engrandéceme! Hazme olvidar todo lo pequeño, todo lo ruin, todo lo pasajero. Hazme a tu imagen, porfiado; a tu imagen, joven. Que yo tenga, como tú, cabida para todos los veleros, y viento para todas las velas, y camino para todas las quillas.

Oh mar sonoro, joven y magnífico: ¡Dios debe ser muy bello, cuando tú, que sólo eres una gota de rocío sobre la rosa del Universo, eres como eres!

En 1989 escribía y oraba el padre Rafael de nuevo ante el mar:

Aquí estoy ante el inmenso azul del mar, ante el infinito azul del Universo, llenos de tristeza él y yo. Aquí estoy en absoluto silencio. No veo sino azul, inmensidad y misterio. Me veo abrumadoramente pequeño. Me siento

perdido en el Infinito. Aquí me siento cerca de Dios, me siento totalmente envuelto en Dios...

No hay nada como el mar para acercarse al Infinito. No hay nada que pueda compararse con él, para la purificación interior... ¡Oh Dios a quien adoro, me sumerjo en Ti, me eternizo en Ti, me sublimo en Ti...!

Oh mar, oh silencio, oh cielo azul, oh cielo estrellado, oh tristeza del hombre, oh voz que escucho, oh silencio que me rodea, oh ganas de gritar, oh Desconocido, oh Tesoro que no conocen los hombres, oh refugio y lugar de paz que no han descubierto los cristianos, oh gran purificación, oh fuente salada para purificar al hombre, fuente que cura el odio, que cura el desamor...

Oh mar, oh inmenso azul, oh cielo inmenso estrellado, oh templo grandioso donde quisiera tener mi reclinatorio, donde quisiera tener mi cojín para pasar mis horas. Oh bosque sombrío de olas, por donde pocos caminan, donde pocos bajan la cabeza hasta encontrar el perfecto silencio, la gran revelación, la Gran Persona oculta, la Gran Persona amada.

En abril de 1991, ante el mar de Coveñas, el padre Rafael enviaba un mensaje e iniciaba una labor que estremecieron a Colombia: "Quisiera hablar con Pablo Escobar a la orilla del mar, aquí sentado con él. Me han dicho que quiere entregarse. Me han dicho que quiere hablar conmigo... ¿Qué debo hacer, oh mar, oh mar, mi maestro?... Oh mar de Coveñas, contéstame claramente".

De nuevo volvería el padre García Herreros a hablar con el mar, cinco meses más tarde; y de nuevo, tres meses antes de morir él escribía al mar bello y sonoro, hermano de las estrellas.

LOS ASTROS

Precisamente hacia las estrellas dirigía el padre Rafael otra mirada de asombro. De ellas hablaba en sus cuentos, ellas eran el objeto de sus retos a los estudiantes de bachillerato pues, en sus colegios, el

Telepadre quería que se impartiese una enseñanza de calidad, que capacitara a los alumnos para enfrentar el futuro. Los discípulos debían estudiar matemáticas y astronomía, planear viajes espaciales, prepararse para dialogar con los extraterrestres. Para ello importó un telescopio, ante cuyos espejos deberían pasar las horas de la noche siguiendo el rumbo de los astros.

Por televisión, el padre Rafael comentaba:

Los astrónomos han descubierto recientemente que el objeto más lejano del Universo es un quasar cuya luz, viajando a trescientos mil kilómetros por segundo, gastó doce billones de años para llegar a la Tierra. Ante la inmensidad de este Universo creado por Dios, ¿qué es el hombre? ¿El hombre que vive brevemente y que no alcanza siquiera a responderse unas cuantas preguntas que brotan de su mente? ¿Qué es nuestra vida tan breve, ante esos billones de años luz, de edades y distancias?

En otra noche, en su programa, daba este mensaje:

Estoy mirando desde aquí parte de tu creación, oh bello Dios. Estoy mirando tus estrellas. Van silenciosas por el abismo insondable del Universo; no sé si habitarán en ellas seres inteligentes, sumidos como nosotros en interrogantes, en nostalgia, en amores, en esperanzas.

Estoy mirando tu creación, oh bello Dios. Estoy viendo tus árboles altos y silenciosos; no sé si hablan entre sí y se comunican sus tristezas. Estoy mirando tus flores. Estoy escuchando los pájaros que hiciste brotar lejanamente de tus manos.

Ese mensaje se repetía periódicamente, siempre el mismo, siempre diferente. Siempre la admiración y el estupor ante la naturaleza, siempre el descubrimiento del amor de Dios, siempre la tristeza ante el olvido del hombre:

Oh Universo aterrador y sublime en que estoy sumergido. Oh Universo, lleno de inmensidades, lleno de lejanías, lleno de abismos, de nubes galácticas, de polvo universal, de lugares desconocidos donde nadie ha llegado y posiblemente

te nadie llegará, pero en el que muchos han soñado, desde los antiguos astrónomos griegos. Oh Universo, la prueba más preciosa de la infinitud y de la inmensidad de Dios... Oh Universo, inmenso de nebulosas, de constelaciones, de abismos, de nubes negras, de nubes rojas, de nubes anaranjadas, de planetas, de sistemas, de fuerzas; oh Universo, lugar apto para el éxtasis de los santos y para la adoración de los ángeles. Oh Universo, digno templo de Dios, para que oficie su liturgia eterna Jesucristo.

LA SELVA Y EL RÍO

También los bosques y los ríos impresionaban al padre Rafael. Como tomados de su mano, los co-

lombianos podían internarse en las selvas de la Patria. Así compartía alguna de sus visitas a los indios motilonos:

He regresado en estos días al río Catatumbo. He vuelto a respirar el olor de la flor del guamo que perfuma todo el río... He pasado los caños peligrosos donde la canoa choca contra la peña y amaga a sumergirse. He probado lo que es hundirse en el río y nadar tratando de salvar la canoa y el equipaje... He vuelto a ver a los indios, los famosos motilonos, la tribu más espléndida de Colombia...

Dan ganas de besar la tierra, de besar el bosque, de unirse plenamente a la naturaleza y a la Patria. Tan bella nuestra tierra, tan llena de promesas y tan estropeada por los que no la aman...



Entrada al actual Colegio Minuto de Dios.

En el río Catatumbo, rodeado de selvas, con la orquestación de todos los pájaros, con el paso sigiloso de los tigres, con la presencia de colombianos honrados que luchan por abrir montaña, se ve la dimensión de la Patria. Debemos restaurar el sentimiento de amor a ella...

El taller práctico que el padre Rafael proponía a sus feligreses del Minuto de Dios era escalar la montaña de Suba y contemplar la Sabana de Bogotá, o acompañarlo a la finca del Ensueño, de la que decía:

Esta casita es una belleza. Yo la llamo El Ensueño. Tiene 200 años de antigüedad. Pequeñita, pero con un patio enlozado de grandes lajas, que es como una ensoñación; rodeada de una pared blanca que da a un bosque bellissimo, lleno de eucaliptus y de follajes antiguos. Allí escribo todos los días. La casita no es mía, pero como si lo fuera. Yo no necesito de ninguna propiedad. Allí, de vez en cuando, me reúno con teólogos, con filósofos, con poetas, con artistas.

Pero la casa de estos últimos, que el Padre les construyó con amor, era el Museo de Arte Contemporáneo, en donde los jóvenes estaban invitados a expresar lo que veían y lo que sentían, por medio de los pinceles y los colores.

EL CREADOR

El padre Rafael amaba la naturaleza, pero ésta, aunque era espléndido camino para llegar a Dios, se empalidecía cuando se comparaba con la magnificen-

cia del Creador. Es lo que el padre Rafael expresó al final de sus días:

¡Ya voy, ya voy! Aguárdame un momento, Señor.

Lo he mirado todo, miré tus piedras bellisimas y milenarias, no me satisficieron. Miré tus flores bellisimas, blancas y rojas, perfumadas, no me satisficieron. Miré tu mar, el mar de Coveñas, el de Cartagena, el de San Andrés y el Mediterráneo; ninguno me satisfizo...

Lo he mirado todo: astros, constelaciones, hombres, mujeres, flores, ciencia, poesía. Todo lo he mirado y he quedado insatisfecho...

Tú debes ser más bello que todas las rocas, que todas las piedras. Más oloroso que todas las rosas. Tú debes ser más precioso que todos los ojos, que todos los labios... ¡Necesito de Ti, necesito tu perfume, necesito tu palabra, necesito tu sonrisa, necesito tus besos, oh Dios! Ya voy, ya voy. ¡Espérame, Señor!

CONCLUSIÓN

Las disciplinas del triple amor a Dios, al hombre, al mundo, que el padre Rafael profesaba, entusiasmban a sus alumnos: ellos dedicaron su vida a buscar a Dios, a servir al hombre, a cuidar la tierra, y lo hicieron porque también ellos se sintieron amados por su maestro. En eso el padre Rafael fue de un bloque, fue el maestro auténtico, que vivió lo que enseñó y que transmitió su enseñanza con amor.